

manos: nosotros los primeros con nuestras teológicas doctrinas le hemos abierto la brecha; pero vuestro cañon es el que debe forzarla y arruinarla del todo; y pasados á cuchillo los enemigos, debéis poner allí vuestra triunfal bandera. ¿Qué conquista podía ser mas decisiva para vosotros que la de haber subyugado á vuestro imperio el evangelio, para vos tan terrible, haciendolo de todo punto dependiente y esclavo de vuestra soberana interpretacion? ¿Qué descubrimiento mas feliz que el de *Docete omnes gentes*, que los siglos oscuros creyeron se habia dicho á los Apóstoles, y ahora por fin nos hallamos con que se dijo á vosotros solos? ¿Qué mayor gloria podiais imaginar, que la de ver á todos los pueblos de la tierra aguardar sumisos y devotos, no ya de los rancios oráculos del Vaticano ni de las anticuadas decisiones de los concilios ecuménicos, sino de vuestra interpretacion las leyes de su fe, religion y culto á Dios? ¿Qué fuerza mas enérgica que la que concede á vuestra ensenanza establecer quien sea el verdadero y falso católico, é intimar al contradicente, no ya las ridiculas excomuniones de los tiempos pasados, sino aquella tan terrible del *Non es amicus Cæsaris* (1) de nuestra Iglesia iluminada?

32. A estas palabras todo el gremio filosófico quedó altamente sorprendido. Jamás hubieran ellos pensado que por medio de tan profundos

(1) Joan. 19.

teólogos llegarían á tan alto punto sus filosóficas conquistas. Aunque los disgustaba algo haber de envilecer y profanar su puro y noble language con los vocablos de evangelio y de revelacion, tubo por conveniente sin embargo en las presentes circunstancias sacrificar á la certeza de tan universal conquista un bárbaro para el y desconocido language, de manera que el único escrupulo que se le habia fijado en el ánimo era el de la incoherencia. Nosotros, decian, siempre hemos predicado en nuestros libros nuestra tan amada pacífica tolerancia y la dulce y suave persuasion del entendimiento; siempre hemos escusado los tribunales de la fuerza, del terror y de los castigos, y segun esto podría parecer que nos poniamos en contradiccion con nuestros principios. Desde luego nos dirán los católicos: vosotros sois tolerantes de todas las sectas, menos de la católica. ¿De que nace tan benigno sufrimiento para aquellas, y un rigor tan enemigo para esta? Esto no sería conciliarnos la fama de una conquista legítima, sino la eterna infamia de una manifiesta y violenta usurpacion. ¿Se puede por ventura por medio de la fuerza esterna arrancar de la mente de los hombres su interna persuasion é intimo convencimiento?

33. El teológico gremio anadió muy luego con alegre sonrisa: jamás habriamos supuesto en vuestra perspicaz filosofia tales temores pánicos. Cuando os aconsejamos la fuerza, no entendemos hablaros de una fuerza declarada y manifiesta á manera del que agarra por el cuello á su enemi-

go, lo sofoca y mata. Esta fuerza fué la de los siglos bárbaros y oscuros. Nosotros hablamos de una fuerza oculta y secreta semejante á la de aquel que en copa dorada y en un dulce licor diese á beber á su enemigo un lento antimonio, que dejando toda la apariencia de una natural enfermedad, entre las consultas de los médicos y el uso de las medicinas y recetas, lo vaya poco á poco consumiendo y lo lleve á la muerte. Esta es la fuerza de nuestro humanísimo siglo décimo octavo. De tal modo se ha de usar de la fuerza que nosotros aconsejamos, que no parezca que aprisiona la razon, sino que mas bien esta pureza que prescribe el uso de la fuerza, la cual jamás se ha de manifestar bajo otro aspecto que el de un razonable obsequio, una debida consecuencia, un tributo indispensable á la pura y sola razon. Aclaremos la cosa con ejemplos: ¿Queréis destruir de un golpe la doctrina de la Iglesia católica? Aferraos al sacrosanto inviolable principio de la unidad de doctrina. ¿Quién os lo podrá contrastar? Este es el principio mismo de que usa la Iglesia católica. La unidad es la que afirma en la fe á los creyentes, cierra la entrada á los cismas, á las disenciones, á las animosidades siempre fatales á la verdadera religion. Todos á este principio le bajan la cabeza. Ahora, señores míos, no hay que acobardarse, vamos con ánimo á la aplicacion: luego quiteseles á los obispos de las iglesias particulares la enseñanza de que por derecho divino se creen en posesion, y trasiérase toda toda á alguna pública

universidad. Introducid en ella por maestros del dogma y de las disciplinas eclesiásticas á nuestros teólogos, y aqui guardaos de no errar la eleccion. Elegidlos despues de largas constantes y no equivocas pruebas del modo de opinar y razonar de ellos. Obligad despues al clero y á los legos á concurrir á ella, asi para sus estudios como para recibir las laureas doctorales. Queden todos precisados á beber de aquella fuente: prohibase severamente beber de otras que llamaremos siempre *impuras y cenagosas*. El mundo creará hallar allí la unidad de la doctrina católica, y hallará en vez de esto la unidad de la doctrina filosófico-teológica. Ved aquí muy en breve el clero y los seglares, amaestrados perfectamente en nuestra ciencia, volver á sus casas maestros y diseminadores del nuevo sistema, y ved aquí tambien pasar la enseñanza del papa, de los obispos, de la Iglesia, á poder y al arbitrio de la filosofia sin rumor ni alboroto.

34. ¿Queréis que sea comun el indiferentismo en punto de religion? Poned por delante un principio, todo el evangélico y salido de la boca de Jesucristo. ¡El espíritu de la Iglesia y del cristiano, decid en tono dulce y devoto, es un espíritu de mansedumbre! *Discite á me quia mitis sum et humilis corde* (1). ¿Cual será despues la consecuencia? Luego la caridad cristiana abraza á todos y los estrecha á su amoroso seno.

(1) *Matth. cap. 11.*

¡Ah! tolérense con las personas también los errores de las diversas sectas; acaso la soberbia y un ciego orgullo nos hace hallar el error donde puede estar la verdad. ¡Ah! destierrese de una vez el título odioso de herege y de cismático. El pueblo en vista de esta mansedumbre se deshace, se liquida de purísima ternura.

35. ¿Quereis salir de todos los clérigos? Empeñad bien este verdadero é innegable principio. Los eclesiásticos deben ser laboriosos y dignos del sublime ministerio que ejercen: *pocos, pero buenos*. Con aplausos os responderá á esto toda la plebe, porque la reforma es siempre mas agradable en casa del vecino que en la propia. El mas libertino es el que exige con mas rigor la virtud en el clérigo y el fraile. Vamos ahora sin detencion á las consecuencias. Luego fuera todos los títulos de patrimonio, disminuyanse, y poco á poco quítense también los de beneficio, y redúscanse á simples asalariados del público. Luego sea uno solo el seminario, cuyos gastos alejen á todos los pobres, y apenas sea bastante para alejar la hambre el salario, y para que los jovencitos acomodados huyan de una mesa tan escasa. Si algunos osaren quejarse, nosotros teólogos y vosotros de acuerdo daremos sobre ellos con las doctrinas de la mas sublime ascética, que cuando habla por interes propio es elocuentsima. Citaremos los ejemplos de Pablo, que trabajaba con sus manos para no serle á nadie de gravámen y tropiezo, los bellisimos testos de los santos padres, las máximas de la mayor pureza

de intencion, y acabamos con ellos, y no con otras armas que las que penden en su santuario. ¿Quereis destruirlo todo? Espiritualizadlo todo. ¿Quereis lo peor? Pretended lo óptimo. Con estos principios la plebe cae en la celada. Ella no es capaz de llegar á lo profundo de este pozo. La mutacion se hace á su vista, y no echa de ver el engaño; y entretanto, bajo el pretesto justo en la apariencia de quitar los clérigos superfluos, nos hemos deshecho también de los necesarios.

36. ¿Quereis desahogar el mundo de esa molesta tropa de frailes y monges que ocupan nuestras ciudades y desiertos? Apelad al bellisimo principio de hacer que vuelvan á su primera institucion. Este es el piadosísimo deseo de la Iglesia misma. Todos los buenos se declararán por vuestro partido, y hallareis entre los mismos frailes muchísimos que seran de vuestro parecer. ¿Pero á que institucion haremos que vuelvan? ¿A la de sus fundadores, al espíritu propio de su instituto? ¡Oh! no hay que pensarlo: este seria el medio de multiplicarlos, no de destruirlos. Vuelvan á la antiquísima institucion de los Therapeutas. Concédase, si, algun monasterio en el campo y sitio solitario, sean todos legos, y sin distincion de grado y de oficio: trabajen todos como buenos gananes la tierra con sus manos, que tales eran los fervorosos monjes del tiempo antiguo: no dudeis que el pueblo os dará crédito y la razon al instante; pero á vueltas de eso á fe nuestra os aseguramos, que nunca jamás volvereis á

ver monges ni frailes que os inquieten con libros, sermones, novenas y rosarios, ni con otras prácticas *supersticiosas*, de modo que estareis en Italia, y os parecerá que estais en Holanda ó Inglaterra. Luego que nos veamos libres de frailes, esclamaremos en tono triunfante: ¡Qué tal? ¡Al momento que se pensó en reforma, se acabaron las vocaciones monacales? ¡No está claro que todas las pasadas fueron ilusorias y fingidas, todas hijas legítimas de la comodidad, de la ambicion y de la violencia? El pueblo, que como las ánades nada siempre por la superficie de agua, se da por contento y desengañado, y concibe cada vez mas aborrecimiento y desprecio contra esta clase de gente.

37. ¿Quereis arrebatarles á la Iglesia y á los fieles todos los medios que promueven su piedad y religion? A mano está un principio, todo el evangélico, y es: que Dios quiere ser adorado *in spiritu et veritate*. Este es un principio que lo cree por fe un católico; ¡pero como lo aplicaremos? Quítense pues las creencias *supersticiosas*; bien entendido que vosotros solos habeis de decidir cuales son estas *supersticiones*; y así quítense los altares privilegiados, y esplíquense las indulgencias en un sentido que presentemente no puedan tener lugar: queden abolidos los sufragos de los difuntos, las procesiones, las públicas demostraciones de religion, las misiones, las congregaciones devotas, &c. El pueblo cerdeará un poco; pero luego se acostumbrará á disfrutar con mucho gusto de la libertad adquirida; y vosotros

continúad gritando: *in spiritu et veritate*.

38. ¿Quereis echar mano á despojar las Iglesias? pues a mano está tambien y sacado de la escritura sagrada el principio: *miserordiam volo, et non sacrificium*. No hay sino desganitarse piadosamente: *dése al pobre, al hambriento, al desnudo el inútil ornato de las iglesias*. Este principio se vuelve en la apariencia tan ventajoso para el pobre, que lo cree con mas firmeza que los principales misterios de su fe. Conque ya podeis alargar bien la mano para arrebatarles á todas las imágenes los collares de oro y piedras preciosas, á los altares los candeleros y simulacros de plata, á las reliquias de los santos las lámparas y las arcas preciosas. Si aplicaseis este principio á diezmar las vajillas de plata de los ricos, os acarrearais la ecsecracion del mundo; pero aplicándolo á las iglesias, bien podeis estar seguros de que con el mérito y la gloria de la mas religiosa piedad, vendreis á dejar yermas y desiertas las iglesias, sumamente parecidas á las calvinísticas, que por sus despojadas y desnudas paredes respiran la amable cristiana simplicidad de los primeros siglos de la Iglesia.

39. ¿Quereis introducir por única regla de fe la sagrada escritura para hacer lugar al espíritu privado? Pues guardaos bien de dar el mas leve indicio de eso. Agarraos al aparente principio equívoco de magnificar la escritura como el único libro que nos dejó Jesucristo para norma infalible de nuestra creencia (dejando siempre fuera la interpretacion de la Iglesia), y decia

que es una inaudita barbarie quererles cerrar á los fieles las unicas saludables fuentes de su salvacion, y sin que nadie lo eche de ver envolviéis en esto la libre leccion con la libre interpretacion de la sagrada escritura: é introducido así el espíritu privado, podeis tenerlo tambien favorable á la religion natural.

40. ¿Quereis abrogar insensiblemente la misa, y apartar al pueblo de que la oiga? Dedicáis á escaltar el mérito de la misa parroquial y la veneracion que la es debida, haced de ella mil encomios y elogios. ¡Que gran misa es la parroquial! Seguramente nadie podrá reprenderos. Esta es la misma por la cual la gréy se une con el legítimo pastor en la oblacion del gran sacrificio. En esta todos los parroquianos son consacrificantes con su pastor, se forma un cuerpo solo, se representa mejor la union de los miembros con su cabeza. Estended mas allá de lo justo las doctrinas sobre este punto, que ya nos empeñaremos nosotros los teólogos en cargar la mano sobre esta tan importante doctrina. ¿Cuál será la consecuencia? El pueblo que no ve que se le quita el pastor, sino que se le une mas con él, cae en el anzuelo por la apariencia católica que esto tiene. Por el honor de ser consacrificante con el pastor, le parece que es algo en el órden eclesiástico. Los mas devotos aspirarán con mas fervor á esta gloria. Empezará á mirar como cismáticas las misas de los otros presbíteros, y el sacerdocio de estos de mas baja y vil especie, y no se quejará si se los quitan.

La misa parroquial la proponemos tan larga y dividida con instrucciones fervores aparatos y disposiciones, que atendida su duracion canse é impida al pueblo asistir á ella por no dejar abandonadas sus casas y familias. En adelante enseñaremos, que no es precepto divino la abstinencia de obras serviles en los días de fiesta, sino solamente una costumbre que puede tal vez sacrificarse á la necesidad de la subsistencia propia á la fuga y á las obligaciones sociales. Estos motivos serán tan frecuentes que muchos empezarán á oír la misa solo con el deseo, y luego se pasará á perder enteramente la costumbre de oirla. Si el pueblo se quejare de que es demasiado larga, acudamos al instante á nuestro zelo, exclamando *que el fervor cristiano ha desaparecido, que la reforma de las costumbres disgusta*. Despues de esta protesta de zelo estémonos quedos y dejemos seguir las cosas, que bien encaminadas van.

41. ¿Quereis acabar de una vez con la confesion auricular sin impugnar directamente el divino precepto de ella? No hay sino valerse del pretesto del verdadero dolor y sincera detestacion del pecado; ¿quien puede contrastar entre los católicos esta verdad? ¿Pero cuales serán las consecuencias? Luego quitese primeramente la confesion de los pecados veniales que no está mandada, ni estuvo en uso de los primeros siglos de la Iglesia; porque semejantes confesiones por lo comun se hacen sin verdadero dolor, y así es mejor abstenerse de ellas, y procurar escri-

tar un interior dolor de ellos lo mejor que se pueda, que hacerse reos de sacrilegio profanando un sacramento; y aquí no os descuideis en cesitar remordimientos y esforzar al otro extremo la verdadera doctrina. El pueblo con esta doctrina se ve llevado por la delicadeza de su conciencia y por su piedad misma á dejarla enteramente. En cuanto á los pecados graves ateneos siempre al mismo principio del dolor que necesariamente se requiere para la confesion, y valeos del dolor para destruir la confesion. Nosotros estableceremos que para asegurarse de esta detestacion se deben afargar las pruebas del amor dominante en el alma del penitente; y así diferase la absolucion por muchos años, y para mayor seguridad hasta el artículo de la muerte. Al que contradijere esta doctrina se le tapa inmediatamente la boca llamandolo traidor de las almas y dissipador cruel de la preciosa sangre de Jesucristo: espresiones que esporean en el pueblo un gran terror. Este language presto pasa por language del zelo. ¿Pero que importa? ¿Este terror creis que anime al pueblo á la detestacion de los pecados y a la perseverancia en la justicia? No lo creais, señores míos, antes esto es lo que le desespera. El fruto natural de esta doctrina es la desesperacion. La desesperacion fué siempre una pésima consejera, y vedlo adormecido en el estado á que lo precipitó la pasion, dejandolo todo para el artículo de la muerte, que es cuando el pecado abandona al pecador, pero el pecador no abandona el pecado. Este es el

punto mas decisivo de la verdadera contricion del pecador. Así pasará toda la vida libre del estorbo de la confesion, y nosotros podremos despejar las iglesias de tanto armatoste de confesionarios que ahora las embarazan. ¿Cuáles serán las consecuencias de esta doctrina respecto de los clérigos? Las mas favorables á nuestro intento. Persuadido el clero de esta verdad debe argumentar así: ó nosotros tenemos un verdadero dolor de nuestros pecados, y aun sin la confesion y la absolucion podremos celebrar la misa hasta que llegue la muerte, ó no lo tenemos, y entónces, ó celebrar y administrar los sacramentos sacrilegamente, ó abandonar el ministerio sacerdotal y descender á la clase de los legos. No queremos lo primero: luego lo segundo: nosotros entretanto veremos disminuirse al altar los sacerdotes y aumentarse en la Iglesia la turba de los legos. Esta es la arte mas segura y capaz de quitar del mundo la confesion; llevar el dolor misro de los pecados en la confesion á tal ecstremo, que impida la confesion; valerse del dolor que debe manifestar la culpa, para condenar la boca del penitente á perpetuo silencio; que es lo mismo ni mas ni menos, que hacer que un remedjo que sana sirva para matar al enfermo. ¿Cuántas veces sucede que un médico usando de remedios violentos, manda á la sepultura al enfermo, y queda con el lauro de celosísimo y peritísimo médico? Los domésticos lloran el muerto, y el médico se pasea por

la ciudad honrado con la opinion del mas tierno y apasionado por la salud de sus clientes. La muerte entónces parece efecto de la mala disposicion del enfermo, pero nunca de cruel impericia del médico.

42 ¿Quereis quitar del medio las comuniones? Pues nunca digais tal cosa. Dedicad á fijar el tiempo en que se deben hacer. Establecer la costumbre de la venerable antigüedad de comulgar con las particulas consagradas en la misa, y no de otro modo. Las razones que se aducirán parecerán todos hijos genuinas de la mas sana teología y de la mas antigua disciplina; ¿cuantos del clero se interesarán en sostenerlo porque no ven á donde va esto á parar? Disponed despues que no haya mas que un presbítero en cada parroquia; los cooperadores cada dia irán faltando por falta de vocacion ó del dinero necesario para la carrera, y por defecto de la inocencia bautismal que se requiere segun ya dijimos para el sacerdocio; y quizás por esta razon podrá tambien faltar el único sacerdote que se pretende dejar en cada parroquia. A este único, si por ventura ha quedado, insinuadle y prescribible so pena de vuestra indignacion nuestra teología, y de consiguiente una misa larguísima cual mas arriba la dejamos establecida. ¿Qué se seguirá de esto? Que el cura no tendrá tiempo ni gana de oír las confesiones de los parroquianos: que el pueblo jamás hallará comodidad ni oportunidad de comulgar; últimamente, que llegareis por este medio al fin que os habeis propuesto.

43 La viva y elocuente predicación que tanto conmueve el espíritu de los pueblos, ¿cómo creéis que podia quitarse? Conviene valerse del principio, que en parte es verdadero é innegable, pero que sin embargo no se verifica generalmente en todos. Que la palabra de Dios tiene de Dios una gracia especialísima en la lengua del propio pastor. Esto de magnificar al párroco, reconcentrar en él absolutamente toda la enseñanza, y dilatar en la apariencia las fimbrias del empleo pastoral, sirve maravillosamente de cubrir á los ojos de la plebe nuestro oculto designio de que enmudezcan todos los predicadores estranos. Aquí nosotros hablamos un idioma, que todo él es católico, y que juntamente lisongea y honra el oficio parroquial. ¿Pero cuales serán las consecuencias? ¿Por ventura los párrocos son todos capaces de instruir y hablar al corazón de los oyentes? Pero vamos á delante, y supongámoslos tales; con un admirable principio los podeis obligar á una sencilla y desnuda esposicion catequística de las verdades de la fe en tono llano y familiar, que degeneré fácilmente en un lánguido y cansado discurso, que majando al auditorio, huya éste de oírlo. Tambien podeis sostener que las conversiones que resultan de las misiones y casas de retiro, no son mas que efectos poco durables de una imaginacion acalorada; con lo cual y á título de que sean mas durables y estables las conversiones, os acogeis al mas seguro partido de que no las haya de modo alguno, y de esta manera

tendreis el lauro de haber reducido la predicacion en la Iglesia al gusto de la de los predicantes de Berna y Basilea.

44 ¡Quisiérais, señores, destruir en los católicos la creencia de la indefectible asistencia divina á la Iglesia? No ignorais que á los católicos no se les caen de la boca las palabras del Evangelio: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem saeculi.... Porta inferi non praevalent adversus eam.* El medio mas conducente es el de tomar desde algo lejos el hilo del discurso. Empiécese declamando que el molinismo con su impia ensenanza ha manchado y corrompido la Iglesia: que siempre ha usado de imposturas, cabalas y tramoyas. Todo esto se creará fácilmente por la única razon de que el hombre de suyo es inclinado á creer mal de los demas, y á desconfiar de la sinceridad de otros. Escitados los ánimos, y empeñados en creer esta impostura y malicia de los molinistas poco menos que un artículo de fe, entrad á demostrar cuanto habrá podido la astucia de estos sorprehender al papa, á los obispos, al clero con sus mentiras é invenciones, alterando la verdad de sus doctrinas, sostenidas siempre de su impia política, y con el apoyo de las córtes manejadas á su gusto: hablad de ellos como de sagaces arrianos y diestros y ambiguos pelagianos. No hay mucho que temer de que este paso, aunque algo avanzado, encuentre grande obstáculo, y hallareis muchísimos prontos á jurar la verdad de esto. Dispuestas así las cosas preparaos poco á poco á hacer juego,

cambiándoles improvisamente las cartas en la mano á los jugadores. Cuando hubiereis llegado á las constituciones de Inocencio X, de Alejandro VII, de Clemente XI, aceptadas por todo el cuerpo de los obispos, aqui es donde se ha de poner todo el cuidado, y sin perder momento haced inmediatamente que entre el molinismo, y juntad majosamente la causa de los molinistas con la de la Iglesia, de modo que no pueda separarse, y envolved todo esto de manera, que molinismo, Sede apostólica, Iglesia romana y obispos con ella unidos, no suene á otra cosa que á cabala sostenida por los pérfidos molinistas que ha introducido el obscurecimiento y ceguedad en toda la Iglesia. Hecho esto, tomad el autorizado y juntamente piadoso tono de un Jeremías profeta que viene llorando sobre las ruinas de la santa ciudad desolada y esclava (1): *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus?.... Quomodo obtexit caligine in furore suo Dominus filiam Sion?.... Egressus est á filia Sion omnis decor ejus.... Sordes ejus in pedibus ejus nec recordata est finis sui.* He aquí sin mas diligencia en la dorada copa de un santo profeta dado á beber y bien tragado bajo la apariencia de zelo, el dogma de que la Iglesia por humanos manejos ha faltado totalmente y caído en error; y he aquí por consecuencia falsificado aquel tan decantado: *Ecce ego vobiscum sum usque ad con-*

(1) *Thr. Jer. Prophe.*

*summationem sæculi*. Si hubiérais dicho como en otro tiempo y con sobrada sinceridad dijo Lutero que en el siglo quinto faltó la verdadera Iglesia de Jesucristo, inmediatamente se los hubiera tenido por hereges luteranos; pero á beneficio del execrado molinismo, y en nuestro caso oportunamente aplicado, ya veis entre los obispos varios, entre el clero muchísimos, como sostienen con apariencia de purísimo catolicísimo zelo la absoluta pérdida de la Iglesia en el siglo décimosesto por los fraudes y cabalas del dominante molinismo. Creerán que sostienen la verdad, y entretanto se beben y digieren con gran tranquilidad una heregía. ¡Desdichados de nosotros si no hubiera molinistas, que son los que nos hacen el caldo gordo! A no ser por ellos la nuestra sería causa perdida.

45 Con este perpetuo juego de los molinistas hemos gufado á una turba de teólogos calificados á que no reconozcan la Iglesia donde el evangelio y la tradicion constante de todos los siglos la habia establecido, esto es, en la Sede de Pedro y en los obispos unidos á ella con este argumento. La Iglesia de Jesucristo por divinas infalibles promesas no puede caer en error: es así que la Iglesia que ha hablado hasta aquí, esto es, la Sede de Pedro y los obispos á ella unidos, por los manejos y cabalas de molinistas ha caido en error: luego ya no es esta la Iglesia de Jesucristo. Esta consecuencia que es la misma que algun dia sacó Lutero, gracias á los molinistas intrusos en ella, la digieren ahora nuestros semi-

doctos como una incontrastable verdad. ¡Pues donde se hallará ahora aquella Iglesia, indefectible firmamento y columna de la verdad que prometió el Señor? Toda en nosotros, aunque pocos en número. Nosotros, sí, somos los sucesores en esta preciosa herencia del depósito de la fe, de que decayó la Iglesia, cuya sabiduría debilitada á fuerza de años cayó en los errores de los molinistas. Nosotros en nuestra mocedad conservamos el hilo nunca interrumpido de la verdadera apostólica católica doctrina. Presentemente en nosotros se verifican las divinas promesas de la infalibilidad en el dogma. Nosotros tenemos el mandato de confirmar en la fé á nuestros hermanos. El papa, cabeza *ministerial*, queda hoy obligado y estrechado á haber de seguir la verdadera Iglesia, de la cual es *ministro* y *vicario*. Si se niega á seguirnos, peor será para él. Entónces se le deja en Roma abandonado á su error en calidad de simple obispo cismático, y se transfiere desde el castel Sant Angelo la tiara *ministerial* al santísimo arzobispo de Utrech, y se sepulta en eterno olvido el nombre y la Sede romana, como si jamás la hubiera habido, y como lo ha cumplido maravillosamente en estos tiempos el gran concilio de Pistoya. Una vez caida la Iglesia toda en nuestras manos, bien se puede decir, señores filósofos, que cayó en las vuestras. Iglesia mas afecta y sometida al bien del estado y á las ventajas de la sociedad, no la há, llareis ciertamente en todo el mundo. El primer artículo que ella cree de fé divina y del que